

Catecismo 597-598

Los judíos no son responsables colectivamente de la muerte de Jesús

JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 595:

Entre las autoridades religiosas de Jerusalén, no solamente el fariseo Nicodemo (cf. Jn 7, 50) o el notable José de Arimatea eran en secreto discípulos de Jesús (cf. Jn 19, 38-39), sino que durante mucho tiempo hubo disensiones a propósito de Él (cf. Jn 9, 16-17; 10, 19-21) hasta el punto de que en la misma víspera de su pasión, san Juan pudo decir de ellos que "un buen número creyó en él", aunque de una manera muy imperfecta (Jn 12, 42). Eso no tiene nada de extraño si se considera que al día siguiente de Pentecostés "multitud de sacerdotes iban aceptando la fe" (Hch 6, 7) y que "algunos de la secta de los fariseos... habían abrazado la fe" (Hch 15, 5) hasta el punto de que Santiago puede decir a san Pablo que "miles y miles de judíos han abrazado la fe, y todos son celosos partidarios de la Ley" (Hch 21, 20).

Vemos que el Catecismo ha tenido un cuidado especial a la hora de abordar el tema de las causas históricas de la muerte de Jesucristo, en relación con el pueblo Judío. Este es un catecismo con una **gran sensibilidad ecuménica y también de una gran sensibilidad en el diálogo interreligioso**.

Hay que distinguir entre ecumenismo y "diálogo interreligioso". Por ecumenismo se entiende el diálogo entre las iglesias cristianas; y por "diálogo interreligioso" con otras religiones que no son cristianas como puede ser el Islam o la Religión judía.

A la Iglesia le preocupaba recoger de una manera adecuada "cual había sido la responsabilidad del pueblo judío" en la pasión de Jesucristo.

Con el paso del tiempo y especialmente cuando algo se formula y uno está defendiendo algo muy querido para sí mismo, como es la "muerte de Jesucristo"; puede ocurrir que en la manera de expresar este hecho, con el paso de tiempo, se hayan podido hacer "ciertas generalizaciones incorrectas". Y las generalizaciones han podido ser la de decir: "Los judíos rechazaron a Jesucristo", sin más matices, y eso es incorrecto. Eso ha creado una cierta "animadversión hacia un pueblo", que sería contraria al Espíritu

de Jesucristo. No olvidemos que Jesucristo era de raza judía, que María –su madre- era una fiel discípula del pueblo judío, que los apóstoles, que Jesús eligió, eran todos ellos judíos, que la primitiva Iglesia fue Judía.

Por tanto, hay que decir, que ha habido una deformación con el paso de los años, que ha podido llegar a un “simplismo”: “los Judíos crucificaron a Jesucristo”. De hay con el paso de los siglos ha habido malas relaciones con el pueblo judío, con episodios muy desdichados.

Juan Pablo II intento hacer un esfuerzo para poder superar aquello, cuando visito la sinagoga Romana. (Fue la primera ocasión en que un papa entraba en una sinagoga romana), y rezo con “**nuestros hermanos mayores**”. Benedicto XVI quiso continuar esos pasos de Juan Pablo II, mentando de una manera muy especial al gran Rabino de Roma en su primera homilía, en la misa de entronización. También en el primer viaje que hizo en la JMJ de Colonia, visitando la sinagoga de Colonia.

El mismo Concilio Vaticano II cambio ciertas formulaciones (En el viernes santo, en las preces especiales, antes se decía “por el pérfido pueblo judío”,).

Hoy la Iglesia hace las siguientes peticiones en la liturgia del viernes santo:

“Oremos también, por el pueblo judío, el primero a quien Dios hablo desde antiguo por los profetas; para que el Señor acreciente en ellos el amor de su nombre y la fidelidad a la Alianza que sello con sus padres...”

“Dios todopoderoso y eterno que confiaste tus promesas a Abraham y a sus descendencia; escucha con piedad las suplicas de tu Iglesia, para que el pueblo de la primera Alianza, llegue a conseguir en plenitud la redención por nuestro Señor Jesucristo”

Pedimos por el pueblo Judíos para que siendo “fieles a la Alianza con Yahvé”, llegue a descubrir en Jesucristo el Mesías prometido.

El pueblo Judío tiene el drama de estar esperando un Mesías, porque Dios ya lo envió en Jesucristo.

El las murallas de Jerusalén hay una puerta, en la que la tradición afirma que, cuando llegue el Mesías, es puerta ase abrirá. Nosotros sabemos que **Cristo es la “puerta”**, y quien entra por esta puerta descubre la “plenitud de la Alianza” del antiguo testamento.

Con este espíritu de cariño y de amor hacia todos los que procesan la fe de Abraham y de Moisés, están escritos estos puntos de catecismo.

Especialmente el evangelio de San Juan detalla, y no generaliza, de como había muchos miembros del pueblo de Israel –incluso algunos eminentes e importante, dentro de su jerarquía-, que también eran seguidores de Jesús.

JUAN 3, 1-5: *Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, magistrado judío.*

Fue éste donde Jesús de noche y le dijo: «Rabbi, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar las señales que tú realizas si Dios no está con él.»

Jesús le respondió: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios.»

Díctele Nicodemo: « ¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?»

Respondió Jesús: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios.

Nos importa el hecho de que Nicodemo era un magistrado judío; es cierto el hecho de que va a ver a Jesús “de noche”, porque tenía miedo a ser denunciado.

Juan 7, 45-42: Los guardias volvieron donde los sumos sacerdotes y los fariseos. Estos les dijeron: « ¿Por qué no le habéis traído?»

Respondieron los guardias: «Jamás un hombre ha hablado como habla ese hombre.»

Los fariseos les respondieron: « ¿Vosotros también os habéis dejado embaucar?»

¿Acaso ha creído en él algún magistrado o algún fariseo?

Pero esa gente que no conoce la Ley son unos malditos.»

Les dice Nicodemo, que era uno de ellos, el que había ido anteriormente donde Jesús:

« ¿Acaso nuestra Ley juzga a un hombre sin haberle antes oído y sin saber lo que hace?»

Podemos entresacar de este texto, que era la gente más sencilla la que más creía en Jesús. Pero no siempre era así: Nicodemo defiende a Jesús.

Juan 19, 38-39: Después de esto, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque en secreto por miedo a los judíos, pidió a Pilato autorización para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se lo concedió. Fueron, pues, y retiraron su cuerpo.

Fue también Nicodemo - aquel que anteriormente había ido a verle de noche –

De este Jose de Arimatea –dice el evangelio de San Mateo- que era un “hombre rico”; San Marcos dice que era un “miembro respetable del consejo del sanedrín”.

Lucas 23, 50: Había un hombre llamado José, miembro del Consejo, hombre bueno y justo, que no había asentido al consejo y proceder de los demás. Era de Arimatea, ciudad de Judea, y esperaba el Reino de Dios.

Es hermoso que el catecismo subraye estos testimonios de estos hombres fieles que también tuvieron que “remar en contra corriente”.

También hay otros textos donde se nos narra que entre los fariseos había fuertes discusiones en como interpretar lo que Jesús estaba haciendo:

Juan 9, 16: Algunos fariseos decían: “Este hombre no viene de Dios, porque no guarda el sábado”. Otros decían: “¿Pero como puede un pecador realizar semejantes señales?”; y había disensión entre ellos.

Juan 10, 19-21: Muchos de ellos decían: «Tiene un demonio y está loco. ¿Por qué le escucháis?»

Pero otros decían: «Esas palabras no son de un endemoniado. ¿Puede acaso un demonio abrir los ojos de los ciegos?»

Había una incredulidad frente a Jesús, pero “no tanta”, había una fe imperfecta

Juan 12, 37-43: *Aunque había realizado tan grandes señales delante de ellos, no creían en él; para que se cumpliera el oráculo pronunciado por el profeta Isaías: "Señor, ¿quién dio crédito a nuestras palabras? Y el brazo del Señor, ¿a quién se le reveló?"*

No podían creer, porque también había dicho Isaías:

"Ha cegado sus ojos, ha endurecido su corazón; para que no vean con los ojos, ni comprendan con su corazón, ni se conviertan, ni yo los sane."

Isaías dijo esto porque vio su gloria y habló de él.

Sin embargo, aun entre los magistrados, muchos creyeron en él; pero, por los fariseos, no lo confesaban, para no ser excluidos de la sinagoga, porque prefirieron la gloria de los hombres a la gloria de Dios.

Acordaos de que al ciego a quien curó Jesús se le expulsó de la sinagoga, por haber creído en Jesucristo. Por tanto había una fe "no-coherente".

Eso, por desgracia, también nos ocurre a nosotros, y no estamos dispuestos a jugar nos el prestigio por fidelidad y por coherencia.

Hechos 6, 7: *La Palabra de Dios iba creciendo; en Jerusalén se multiplicó considerablemente el número de los discípulos, y multitud de sacerdotes iban aceptando la fe.*

Hecho 15, 5: *Pero algunos de la secta de los fariseos, que habían abrazado la fe, se levantaron para decir que era necesario circuncidar a los gentiles y mandarles guardar la Ley de Moisés.*

Hechos 21, 20: *Ellos, al oírle, glorificaban a Dios. Entonces le dijeron: «Ya ves, hermano, cuántos miles y miles de judíos han abrazado la fe, y todos son celosos partidarios de la Ley.*

Este es un texto de los más determinantes de lo que quiere defender el catecismo: No quiere que caigamos en las generalizaciones que nos lleven a pensar que el pueblo de Israel rechazó a Jesucristo; y que eso cree en nosotros una especie de animadversión entre los cristianos y los Judíos.

Punto 597:

Teniendo en cuenta la complejidad histórica manifestada en las narraciones evangélicas sobre el proceso de Jesús y sea cual sea el pecado personal de los protagonistas del proceso (Judas, el Sanedrín, Pilato), lo cual solo Dios conoce, no se puede atribuir la responsabilidad del proceso al conjunto de los judíos de Jerusalén, a pesar de los gritos de una muchedumbre manipulada (Cf. Mc 15, 11) y de las acusaciones colectivas contenidas en las exhortaciones a la conversión después de Pentecostés (cf. Hch 2, 23. 36; 3, 13-14; 4, 10; 5, 30; 7, 52; 10, 39; 13, 27-28; 1 Ts 2, 14-15). El mismo Jesús perdonando en la Cruz (cf. Lc 23, 34) y Pedro siguiendo su ejemplo apelan a "la ignorancia" (Hch 3, 17) de los judíos de Jerusalén e incluso de sus jefes. Menos todavía se podría ampliar esta responsabilidad a los restantes judíos en el tiempo y en el espacio, apoyándose en el grito del pueblo: "¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" (Mt 27, 25), que equivale a una fórmula de ratificación (cf. Hch 5, 28; 18, 6):

Tanto es así que la Iglesia ha declarado en el Concilio Vaticano II: «Lo que se perpetró en su pasión no puede ser imputado indistintamente a todos los judíos

que vivían entonces ni a los judíos de hoy [...] No se ha de señalar a los judíos como reprobados por Dios y malditos como si tal cosa se dedujera de la sagrada Escritura» (NA 4).

Marcos 15, 11: *Pero los sumos sacerdotes incitaron a la gente a que dijeran que les soltase más bien a Barrabás.*

Ver como el pueblo judío fue el que inclino la balanza a favor de Barrabas en contra de Jesús. Pilato quería soltar a Jesús. El pueblo fue manipulado por los sumos sacerdotes.

También hay una insistencia grande en la predicación de los apóstoles, en un primer momento, de que el pueblo judío no había reconocido en Jesús al Mesías y le había llevado a la cruz.

“A este que fue entregado según el determinado designio de Dios, vosotros le matasteis clavándole en la cruz, por mano de los impíos. Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel, que Dios ha constituido Señor y Cristo a quien vosotros habéis crucificado”

Hay que reconocer que la predicación de la Iglesia primitiva se utilizaban términos como esos: “*vosotros le habéis crucificado*”. Refiriéndose al pueblo Judío.

Especialmente hay un texto que pudo ser malinterpretado:

Mateo 27, 21-26: *Y cuando el procurador les dijo: «¿A cuál de los dos queréis que os suelte?», respondieron: «¡A Barrabás!»*

Dríceles Pilato: «Y ¿qué voy a hacer con Jesús, el llamado Cristo?» Y todos a una: «¡Sea crucificado!» -

«Pero ¿qué mal ha hecho?», preguntó Pilato. Mas ellos seguían gritando con más fuerza: «¡Sea crucificado!»

Entonces Pilato, viendo que nada adelantaba, sino que más bien se promovía tumulto, tomó agua y se lavó las manos delante de la gente diciendo: «Inocente soy de la sangre de este justo. Vosotros veréis.»

Y todo el pueblo respondió: «¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»

Entonces, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarle, se lo entregó para que fuera crucificado

Durante bastante tiempo y en círculos bastante amplios de la Iglesia católica se hizo la interpretación de que este texto era una especie de maldición de Dios hacia el pueblo judío y hacia su descendencia: “*«¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»*».

Se interpretaba que, por ese motivo, el pueblo judío iba errante por todo el mundo, porque Dios le había maldecido y había hecho caer su condena sobre ellos.

No es correcta esa interpretación, por el hecho de que podemos observar como la misma sagrada escritura esta expresión: *«¡Su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!»*, no es una expresión de maldición de Dios, sino que **es una expresión de ratificación de eso que había ocurrido**. Quiere decir: “*¡Estamos de acuerdo con esa condena a muerte!*”.

Hechos 18, 6: *Como ellos se opusiesen y profiriesen blasfemias, sacudió sus vestidos y les dijo: «Vuestra sangre recaiga sobre vuestra cabeza; yo soy inocente y desde ahora me dirigiré a los gentiles.»*

No tiene un sentido de maldición de Dios sino un sentido de ratificación.

Hechos 5, 28: *y les dijo: «Os prohibimos severamente enseñar en ese nombre, y sin embargo vosotros habéis llenado Jerusalén con vuestra doctrina y queréis hacer recaer sobre nosotros la sangre de ese hombre.»*

Por otra parte, para entender hasta que punto no es correcta esa interpretación, debemos acordarnos de una parte importante de nuestra "concepción de la responsabilidad ante el pecado. En el libro del

Deuteronomio 24, 16: *No morirán los padres por culpa de los hijos ni los hijos por culpa de los padres. Cada cual morirá por su propio pecado.*

Nos recuerda que **cada uno es responsable de su culpa**, y no se le puede atribuir a sus descendientes.

Esto nos parece evidente, lógico: no puede pagar el hijo las consecuencias del pecado del padre, o viceversa. Este texto del Deuteronomio modifica una concepción anterior de un Dios que castigaba el pecado de los padres en los hijos.

Deuteronomio 5, 9: *No te postrarás ante ellas ni les darás culto. Porque yo, Yahveh tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la iniquidad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me odian,*

Nosotros, habiendo conocido la alianza con Jesucristo, no nos hemos purificado lo suficiente de esto.

En la Iglesia católica, a veces, se ha mirado con recelo a los hijos ilegítimos, por el hecho de que sus padres concibieran a ese hijo fuera del matrimonio. A esto se le prohibió tener acceso a las órdenes sagradas, o poder entrar en una orden religiosa.

Gracias a Dios, la Iglesia ha rectificado esto.

Jeremías 31, 29-31: *En aquellos días no dirán más: «Los padres comieron el agraz, y los dientes de los hijos sufren de dentera»; sino que cada uno por su culpa morirá: quienquiera que coma el agraz tendrá la dentera.*

He aquí que días vienen - oráculo de Yahveh - en que yo pactaré con la casa de Israel (y con la casa de Judá) una nueva alianza;

La nueva alianza es una responsabilidad personal. Es verdad que nuestros pecados aceptan al prójimo, es verdad que hay una comunión de los santos y nuestras acciones no son solitarias sino que tienen influjo en los demás, y en los hijos-no digamos-, pero la responsabilidad es personal.

Jesús conoce a cada oveja "por su nombre" y cada uno es irrepetible. Para Jesús no existen los judíos, existe Juan, existe Mateo, existe Bernabé... Esto es lo que quiere subrayar el catecismo.

La Iglesia **nos quiere poner delante de Dios en un TU A TU**. Y de la misma forma que sería falso arrogarse una seguridad por pertenecer a un pueblo, también sería falso lo contrario: el hecho de pensar que hay una maldición determinada por pertenecer a un pueblo.

Punto 598:

La Iglesia, en el magisterio de su fe y en el testimonio de sus santos, no ha olvidado jamás que "los pecadores mismos fueron los autores y como los instrumentos de todas las penas que soportó el divino Redentor" (Catecismo Romano, 1, 5, 11; cf. Hb 12, 3). Teniendo en cuenta que nuestros pecados alcanzan a Cristo mismo (cf. Mt 25, 45; Hch 9, 4-5), la Iglesia no duda en imputar a los cristianos la responsabilidad más grave en el suplicio de Jesús.

responsabilidad con la que ellos con demasiada frecuencia, han abrumado únicamente a los judíos:

«Debemos considerar como culpables de esta horrible falta a los que continúan cayendo en sus pecados. Ya que son nuestras malas acciones las que han hecho sufrir a Nuestro Señor Jesucristo el suplicio de la cruz, sin ninguna duda los que se sumergen en los desórdenes y en el mal "crucifican por su parte de nuevo al Hijo de Dios y le exponen a pública infamia" (Hb 6, 6). Y es necesario reconocer que nuestro crimen en este caso es mayor que el de los judíos. Porque según el testimonio del apóstol, "de haberlo conocido ellos no habrían crucificado jamás al Señor de la Gloria" (1 Co 2, 8). Nosotros, en cambio, hacemos profesión de conocerle. Y cuando renegamos de Él con nuestras acciones, ponemos de algún modo sobre Él nuestras manos criminales» (Catecismo Romano, 1, 5, 11).

«Y los demonios no son los que le han crucificado; eres tú quien con ellos lo has crucificado y lo sigues crucificando todavía, deleitándote en los vicios y en los pecados» (S. Francisco de Asís, Admonitio, 5, 3).

Conviene leerlo otra vez para ver con que claridad y precisión nos dice nuestra madre la Iglesia, que tenemos que pensar que somos nosotros los que hemos crucificado a Jesús con nuestros pecados. Nosotros tenemos menos excusa que aquellos que le crucificaron sin ser conscientes de lo que hacían. Cuando Jesús dijo: *"Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen"*. Esa frase se puede aplicar más a los Judíos y Romanos que lo crucificaban que a nosotros.

En la película *"La Pasión de Cristo"* de Mel Gibson, el director quiso tener el gesto de fe de sostener con su mano el clavo en el momento en el que un martillo atravesaba la mano de Cristo.

Al final la Iglesia nos pone delante de un misterio y no permite que nos despistemos en argumentos históricos –que son como "echar el balón fuera"–, echarle la culpa al otro, porque *"yo no soy responsable de nada"*. **El pecador soy yo, por tanto soy yo el que ha crucificado a Jesucristo.**

Lo dejamos aquí.